

LA SUERTE EN UNA GALLETA

A María este año tampoco le tocó la lotería y eso que compartió el décimo con sus compañeras llenas de **ilusión**. En cambio, lo que sí le tocó fue hacer muchos números, entre la factura del gas, la de la luz, el coche, la compra del super... las cuentas no le cuadraban ni siquiera sumándole la extra. Paseaba sus ojeras de noches sin dormir cuadrando menús baratos y sabrosos y buscando ofertas en los catálogos de juguetes.

Por el barrio se cruzaba con los vecinos de su **comunidad** que exhibían orgullosos esos paquetes con el archiconocido logo de una sonrisa, la que a María le faltaba, paquetes llenos de bonitos regalos con los que ella no podría **competir**. Este pensamiento la inundó de tristeza. Caminaba absorta en sus pensamientos de vuelta desde el trabajo a casa, arrastrando sus pies cansados y una nube negra sobre su cabeza, preguntándose como haría para lograr comprar algo para su **familia** con su escuálido presupuesto.

De repente, cuando esperaba para cruzar una calle escucho una vocecita infantil: “Señora, ¿Nos compra una galleta de la suerte por favor?”, decía una niña de unos 10 años, “Las hemos hecho nosotros mismos”, dijo otro niño, “Son para la excursión del cole”, dijo un tercero, “Cuestan sólo un euro”, siguió la niña. María no lo pensó, era imposible resistirse a esa bandada de pequeños seres angelicales. “Sí, claro, dadme una”. Depositó su moneda en una hucha de Pokemon y recogió a cambio cuatro sonrisas y una galleta de forma indefinida y chispitas de chocolate envuelta en celofán. Hubiera querido comprarles todas, eran tan monos y hacía tanto frío...pero tenía que calcular muy bien todos los gastos. Se sentía una funambulista haciendo equilibrios sobre un cable acerado de números con el riesgo constante de caer al vacío de una cuenta sin saldo. María esbozó una media sonrisa agrisada y guardó la galleta en el bolso. “Gracias...buena suerte, señora, y feliz navidad” escuchó decir a los pequeños detrás de ella.

Al llegar a casa, se calentó un café con leche, buscó la galleta en el bolso y sentada a la mesa de la cocina la mordió con cuidado. Sacó de su interior un pedacito de papel, “Voy a leer el mensaje que el universo tiene para mí”, pensó divertida. Unos segundos más tarde sus ojos se llenaron de lágrimas al

desenroscar un papelito en el que ponía: “El verdadero regalo no está dentro del paquete, el regalo son siempre las **manos** que lo dan”.

SCS71CIV